

Infancia y cultura visual. Los periódicos ilustrados para niños (1880 - 1910)

LAURA MALOSETTI COSTA*

El libro que Sandra Szir dedica a la emergencia de periódicos ilustrados para niños en Buenos Aires, a fines del siglo XIX, apunta a un cruce de cuestiones específicas sólidamente ancladas en la trama de la historia: se ubica en un momento en el que la educación de los niños fue entendida como tarea prioritaria en la construcción de una nación moderna y cohesionada. El alcance y la difusión de los debates que tuvieron lugar en el Congreso Pedagógico de 1882 dan una idea del interés que la discusión acerca de los ideales y modelos educativos tuvo no sólo para la elite dirigente y los “especialistas”, sino también para la opinión pública. La publicación cotidiana de las distintas posiciones y opiniones en disputa (entre católicos y liberales), durante varios meses en la primera plana de varios periódicos de la capital, dan cuenta de un amplio interés en la orientación del sistema educativo nacional. La escuela convocaba ese interés en un momento también caracterizado por José Pedro Barrán como la “era del disciplinamiento”, en su historia de la sensibilidad en el Uruguay, que podría en muchos aspectos hacerse extensiva a la otra orilla del Plata.

Disciplinamiento de los cuerpos y urbanización de las costumbres se sumaron a la puesta en marcha — tan bien analizada por Lilia Ana Bertoni en su libro *Patriotas, cosmopoli-*

tas y nacionalistas— de dispositivos educativos y simbólicos orientados a la formación de sentimientos y emociones patrióticos en una población cada vez más cosmopolita y heterogénea.

En ese contexto, Sandra Szir analiza las relaciones variables y complejas que las revistas ilustradas para niños mantuvieron con la educación formal, introduciendo nuevas e interesantes cuestiones a partir del análisis de su dimensión material, en tanto objetos de consumo con un formato y características específicas. Esas cuestiones se relacionan con el placer de la lectura y el juego, la importancia del diseño de sus páginas, la economía de la imagen en relación con la palabra en esas páginas, el humor, el entretenimiento, el mercado y el consumo.

Los niños aparecen a lo largo de este libro no sólo como sujetos a ser educados sino también como público consumidor a conquistar por empresas editoriales más o menos exitosas. Las décadas que enfoca fueron momentos de grandes y rápidos cambios, en los que es posible advertir la apropiación de modelos europeos, su adecuación al medio local, el interés constante por competir en cuanto a la modernidad de los métodos de producción y reproducción de las imágenes y, sobre todo, un reacomodamiento rápido a las respuestas del público lector.

Reseñas Libros



SZIR, Sandra M., *Infancia y cultura visual. Los periódicos ilustrados para niños (1880 - 1910)*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007, 191 páginas.

99

DOSSIER / ENTREVISTA / ARTÍCULOS / RESEÑAS



Dra. en Historia del Arte, Universidad de Buenos Aires; Investigadora Independiente de CONICET; Prof. Adjunta de Arte del siglo XIX, Universidad de Buenos Aires, y Teoría y Análisis Cultural, IDAES – UNSAM; Integrante de la Comisión Directiva de CAIA (Centro Argentino de Investigadores de Arte). E-mail: lmalosetticosta@lobianco.com.ar

Resulta notable la diferencia de estrategias en las tres publicaciones analizadas por la autora. En *la Ilustración Infantil*, fundada por Francisco Bourel en 1886, se destaca la importancia del didactismo moral, en el marco de las tensiones y discusiones entre católicos y liberales que se dejan entrever en sus artículos. Por otra parte, en esta revista se hace evidente una escasa apelación a la imaginación infantil, en textos e imágenes que impulsaban a la comprensión de lo real, a inculcar valores éticos y una clara diferenciación de roles de género. Si bien hubo en sus páginas algunos deslizamientos hacia lo lúdico, en esa primera *Ilustración Infantil* lo que primaba era el disciplinamiento.

En la segunda publicación, *El Diario de los Niños*, fundada en 1898 también por Bourel, la importancia e interés de la imagen visual aumentan considerablemente. Fue ésta una publicación que, como observa Szir, podría pensarse como auxiliar didáctico de un universo escolar ampliado. Poblado de pequeñas imágenes y viñetas que seguían la tradición de la ilustración didáctica enciclopédica, *El Diario de los Niños* ponía el énfasis en la divulgación científica, la estimulación de la imaginación y la comprensión del mundo a partir del dibujo y del sentido de la vista. Microscopios, imágenes microscópicas de sustancias (gotas de leche “auténtica y falsificada”, por ejemplo), alternaban con clasificaciones fisiognómicas de razas humanas, plantas animales, insectos, en una línea coherente con el cientificismo positivista finisecular. La última página del *Diario de los Niños* incluyó ilustraciones publicitarias, lo cual anticipa una tendencia que se acentuaría en la tercera —y la más exitosa— de las tres revistas: *Pulgarcito*.

Fundada en 1904, *Pulgarcito* fue publicada por la Librería del Colegio (la librería que todavía se encuentra en la esquina del Colegio Nacional de Buenos Aires). Fue cambiando rápidamente su carácter y ampliando sus destinatarios para apuntar a

un público lector masivo. Resultó, sin duda, la más lúdica y distanciada de los ritmos y cánones de la educación formal de las publicaciones para niños que habían aparecido en Buenos Aires hasta entonces. Al año siguiente de su fundación redujo su tamaño y devino “semanario humorístico”, acentuando su aspecto lúdico e informal e incluyendo junto al material dirigido específicamente a los niños, una buena proporción de notas de actualidad, fotograbados y publicidad. Fue una revista —bastante parecida a la exitosísima (desde 1898) *Caras y Caretas*— en formato *magazine*, que presentaba una gran diversidad visual, incorporando juegos, humor, caricaturas, pero sobre todo evadiendo el ritmo y los programas escolares. *Pulgarcito* cultivó una veta autorreferencial, apeló a los deseos de los niños e interactuó con sus lectores animándolos a enviar colaboraciones para ser publicadas. Su consigna era “aprender jugando”. Moderna, desplegó dispositivos que estimulaban los deseos de sus lectores: publicidad, tiras cómicas, fotografías, caricaturas, deslumbrantes tapas a color. Estimuló la continuidad de su consumo organizando juegos y concursos que se desenvolvían en el número siguiente. *Pulgarcito* resultó un éxito editorial. Logró masividad con un precio reducido (costaba lo mismo que cualquier semanario popular ilustrado) y la incorporación de todas las novedades técnicas disponibles para lograr un despliegue visual atractivo. La revista promocionó y multiplicó ese éxito publicando las cifras de su tirada y circulación, tanto en Buenos Aires como en Montevideo.

La lectura de este libro invita, con toda su precisión y rigor histórico, a proyectar sobre el presente muchas reflexiones (los buenos libros de historia cultural invitan a hacerlo). El análisis de ese momento seminal en las publicaciones ilustradas para niños en nuestra ciudad adquiere particulares resonancias para quienes —como yo, y también la

autora— crecieron, se divertieron y alimentaron su imaginación infantil en un mundo en el que las láminas coloreadas de los libros y revistas aún conservaban su protagonismo. En este sentido, quisiera volver a las primeras páginas del libro de Sandra, las que parten de la evocación sensual de los impresos infantiles por parte de Umberto Eco en su libro *La misteriosa llama de la reina Loana*, una vivencia compartida por ella misma. Por supuesto, eso también me trajo el recuerdo de mis horas de infancia recorriendo una y otra vez aquellos libros y revistas que se machucaban de tanto mirar y remirar.

Hoy parecería irreversible la pérdida de espacio de la imagen impresa en relación con la inmensa disposición de imágenes efímeras, virtuales, electrónicas, televisivas, que reciben los niños gracias a los incasantes y vertiginosos cambios en los modos de reproducción digital de la imagen (celulares que sacan fotos y filman, televisores omnipresentes, cable, Internet, etc.).

Y se me ocurre pensar que tal vez la imagen impresa no ha perdido todas las batallas, justamente por esa dimensión material, sensual, recorrible y atesorable de los objetos impresos. La posibilidad de poseerlas, de guardarlas en un baúl y volver a mirarlas muchas veces, de compartir la lectura deteniéndose en ellas para reencontrar lo recordado y hacer nuevos descubrimientos, tal vez reserve un lugar insospechado para esos objetos junto al avance de la televisión y de la imagen virtual. Algo en la calidad de este libro, rico en ilustraciones de aquellas publicaciones infantiles tempranas, habla de esto al lector.

Recibido el 4 de febrero
Aceptado el 14 de marzo